

La política colombiana contemporánea como contexto retórico

Raúl Alberto Botero Torres¹

Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín
rabotero@unal.edu.co

Introducción

Como ya lo he señalado en otros textos, tengo una convicción según la cual las prácticas políticas pueden y deben ser asumidas como discursivas por dos razones básicas.² La primera de ellas tiene que ver con la presencia en su interior de elementos de significación tales como las palabras, los gestos y los colores. La segunda alude a la lógica relacional que está en su base.³ Esta convicción tiene, por supuesto, muchas implicaciones. Quizá la más significativa entre todas ellas sea la que deviene de ese carácter relacional. Quizá sea la más importante en la medida en que muestra cómo y por qué esas prácticas políticas condensan de una manera bastante eficaz a ese conjunto abigarrado constituido por las prácticas sociales. Digo esto en tanto que entiendo que las acciones que están contenidas en ellas tienen una virtud similar a esa que caracteriza e identifica los signos de todo tipo: su valor deviene no de aquello que son, sino precisamente de lo que no son; es decir, de aquello a lo que necesariamente remiten. En otras palabras, entiendo las prácticas políticas como conjuntos de interacciones simbólicas que siempre están aludiendo a unas formas de valor de carácter intangible pero tanto o más válidas que los objetos más sensibles e inme-

1 Licenciado y Magíster en Lingüística de la Universidad de Antioquia. Profesor Asociado de la Universidad Nacional de Colombia. Autor de *Circunstancias* (poesía), *Los trabajos de Penélope* (ensayo), *El lenguaje, un problema contemporáneo* (ensayo) y *En el nombre de Gorgias* (ensayo).

2 Me refiero, por ejemplo, a varios textos que aparecen en *El lenguaje, un problema contemporáneo* y en *En el nombre de Gorgias*.

3 Mi conjetura inicial, para decirlo en términos de Karl Popper, es que la segunda razón que esgrimo es mucho más definitiva y contundente que la primera. Lo es, porque alude a las múltiples maneras como esas prácticas están estructuradas. Es decir, a la lógica que las sustenta.

diatos, porque son la manera más económica y al mismo tiempo la más compleja de expresar a estos últimos.

En la asunción de esas prácticas políticas, considerándolas como discursivas, puede reconocerse la concurrencia de un número bastante significativo de teóricos, pero me parece que el nombre de Ernesto Laclau sobresale entre muchos de sus contemporáneos. El trabajo sobre los *significantes vacíos* es quizá su aporte más significativo en este sentido. Según Laclau:

Detrás de esta insistencia tropológica está la convicción de que la retórica habrá de jugar un papel cada vez más crucial en las ciencias humanas, una vez que éstas se inclinen –como ya lo están haciendo– a reconocer la centralidad de los procesos discursivos en la construcción de los vínculos sociales (Laclau, 2002, p. 8).

En síntesis, es una manera bastante afortunada de señalar aquello que varios han señalado como «el giro lingüístico» de las llamadas ciencias humanas. A mi modo de ver hay que insistir en ello, en tanto que ese giro que se menciona con insistencia se fundamenta como el mismo Laclau lo señala, en el carácter relacional de todo signo. Si las prácticas políticas son asumidas en la actualidad bajo tal condición, es porque se estructuran a la manera de fragmentos de la cadena signifiante; es decir, teniendo como base nodos de relaciones. Ese espacio político que intentaré caracterizar como un espacio de argumentación, solo puede tener esa condición que se fundamenta sobre haces de relaciones. No se puede olvidar en ningún momento que, de acuerdo con las implicaciones de las teorías de los signos, estos son relaciones cambiantes y asimétricas entre significantes y significados.⁴ Laclau es bastante enfático al señalar la centralidad de las preocupaciones por el papel del lenguaje en la construcción de los vínculos sociales.

Resulta casi obvio inferir de lo allí expresado, que esos procesos discursivos resultan estratégicos para los intereses de los distintos grupos sociales, en tanto definen claramente el horizonte de sentido que le es propio. Mejor dicho, esos procesos son nodulares porque siempre significan construcción de sentido. Pero quiero ser más preciso en relación al papel jugado por los significantes vacíos en la constitución de esas formas materiales de valor a las que vengo llamando *espacios de significación*. Otra vez Laclau (2002, p. 58): «De Man había siempre insistido en que todo lenguaje, ya sea estético o teórico, está regido por la materialidad del signifiante, por un medio re-

4 Me gustaría recordar aquí la importancia la noción de ambigüedad que resulta tan útil para entender la complejidad de los procesos de significación, en tanto que se la entiende como una relación asimétrica entre el signifiante y lo signifiante.

tórico que disuelve, en última instancia, la ilusión de toda referencia no mediada». Subrayo la última parte, esa que se refiere a la imposibilidad de una referencia que no esté mediada. Esto es importante, en la medida en que esa ambigüedad que acabo de mencionar no es otra cosa que el resultado de una serie de mediaciones que cruzan y que terminan modificándose unas a otras, independientemente de que se lo propongan o no.

Esas prácticas políticas y otras, van delimitando de una manera que resulta inevitablemente contradictoria un espacio de significación en cuyo interior concurren variados vectores de fuerza que terminan configurando eso que solemos llamar *la estructura de una sociedad*. Esa estructura es, valga la cacofonía, una textura. Es una urdimbre de grupos, de sujetos y de intereses que están oscilando permanentemente entre lo micro y lo macro, entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo anodino y lo trascendental, entre lo sublime y lo prosaico. Son todo y más, al mismo tiempo, porque expresan material y unos movimientos de condensación y desplazamiento del sentido que tienen lugar en todas las sociedades, independientemente del lugar y del momento en los que puedan ser localizadas.⁵

Pero –y después de todo– ¿quién es el destinatario que intento construir en este proceso de interlocución? Me parece que resulta necesario señalar algunos indicios mínimos que permitan caracterizarlo. No es exactamente a un activista al que estoy convocando aquí. No lo es, porque parto del presupuesto de que esa condición empírica que ostenta es posible en tanto que él tiene una vivencia intuitiva de la política.⁶ Me interesa mucho más ese sujeto, individual o colectivo, que entiende la política como aquel objeto teórico que puede ser develado en una vasta operación evaluadora llevada a cabo teniendo como base un cierto y determinado método de análisis. En síntesis, me interesa ese o esos que, estando en los límites que anuncian lo distinto a la política, siguen habitando, sin embargo, el escenario que la define y caracteriza. Si ese analista que invoco y, de muchas maneras, construyo, tiene un interés similar al mío en el caso concreto de la política colombiana contemporánea, pienso que la interlocución puede ser mucho más fructífera y significativa.

5 Cuando afirmo esto no estoy de ninguna manera ignorando la historicidad de esas sociedades. Lo que intento decir es que esas posibilidades sobrepasan la condición de concreciones que el tiempo y el lugar tienen, en la medida en que, como lo señalaría Ernesto Laclau, son significantes vacíos que pueden ser llenados de contenido de distinta manera.

6 Quiero retomar esa noción de política que ha trabajado Ernesto Laclau, y sobre todo Chantal Mouffe, según la cual esa política es un macropropósito por suturar un conjunto de intereses y de prácticas que se identifican por su precariedad e inestabilidad y a los que nomenclarse como *lo político*.

¿Por qué la política colombiana contemporánea y no la de otras épocas, como *La Regeneración* –actualizada de una manera bastante eficaz por Rafael Nuñez en muchos de sus discursos, pero sobre todo en aquel con el que da posesión a Julián Trujillo como Presidente de la República⁷– o la llamada *República Liberal* –representada de una manera muy contundente y categórica por Alfonso López Pumarejo⁸– que están llenas de retos hermenéuticos para todos aquellos que nos movemos en los contextos de las ciencias sociales? Pienso que hay una razón válida que sobresale entre otras. Es la que alude a que la sociedad que los colombianos estamos construyendo irregular y contradictoriamente en medio de todas las dificultades, es la que significa nuestro presente. Es la sociedad colombiana aquí y ahora. La que todavía no termina de darse, pero que está bocetada en las grandes líneas de la cotidianidad más inmediata. Me interesa esa realidad que estamos construyendo ahora, en este momento, en la medida en que seamos capaces de leer adecuadamente lo real. Me interesa esa política que nos está siendo ser los que somos y los que podremos ser en un futuro más o menos cercano. De alguna manera, lo que en casos como el de esta ponencia estamos intentando delimitar, es un espacio crítico que nos permita traer a la estructura de superficie eso que subyace en la estructura profunda de significación, que identifica objetivamente más que lo que vivimos, aquello por lo que somos vividos.⁹

En síntesis, lo que intento hacer aquí es un análisis más o menos objetivo del contexto retórico que delimita las prácticas políticas en la sociedad colombiana actual. Es eso, más que un reconocimiento de las regularidades y de los puntos de quiebre y ruptura que han identificado su historia particular. Es un intento por encontrar en el presente más inmediato, las claves que nos permitan tener una imagen del pasado que tal vez esté lejos de nuestros deseos más íntimos, pero más cerca de la realidad efectivamente sucedida. Más exactamente, me interesa ese presente en la medida en que contiene las claves del pasado, como lo propuso hace muchos años Karl Marx en uno de sus textos. Como este es un análisis desde la retórica, antes

7 Rafael Nuñez es, de lejos, el representante más orgánico que tiene la derecha conservadora en Colombia. Sus cuatro gobiernos y, especialmente, la Constitución de 1886 que inspiró y redactó con el concurso de Miguel Antonio Caro, lo ubican en lo alto del podio.

8 Alfonso López Pumarejo, por su lado, es quizá el representante más lúcido de esas élites burguesas que intentaron modernizar la sociedad colombiana para garantizar que ellas, y no otros grupos sociales, mantendrían su control en el tiempo.

9 La noción de crítica ha sido trabajada por muchos teóricos de las ciencias sociales. Sin embargo, me parece que de todos ellos los que han logrado resultados más interesantes han sido aquellos que se mueven en el campo del llamado Análisis Crítico del Discurso.

que desde la teoría de la historia, apunto más a los resultados reconocibles del proceso que a su dinámica misma.

Lo expresado aquí tiene variados y quizá contradictorios antecedentes. Puedo citar, por ejemplo, los dos tomos sobre el primer gobierno de Álvaro Uribe que se publicaron bajo el título *El embrujo autoritario*. En segundo lugar, me refiero al libro de Cristina de la Torre sobre el neopopulismo de Uribe. Finalmente, y entre muchos otros, a la tesis de Maestría presentada por Marta Inés Fierro Castelblanco, sobre los discursos de Álvaro Uribe Vélez.

Uno: la noción de contexto retórico

Dado que la hipótesis central de este trabajo es que el conjunto de las prácticas políticas que tienen lugar en el interior de la sociedad colombiana contemporánea constituyen o delimitan un contexto retórico, pienso que en primer lugar debo precisar cómo entiendo esa noción. En segundo término, me parece importante señalar las múltiples relaciones establecidas, más allá de la conciencia de los sujetos particulares o colectivos, entre las prácticas políticas propiamente dichas y las otras prácticas sociales que tienen lugar en el interior mismo de esa sociedad colombiana a la que estoy aludiendo.

Considero importante subrayar la concurrencia de una serie indiscriminada de procesos argumentativos entendidos como dinámicas de relación intersubjetiva en un contexto social determinado, más que una ilusoria *comunicación* dada en términos absolutos. Dicho más exactamente: reconozco, por ejemplo, en la sociedad colombiana actual, una serie bastante compleja de acciones que buscan cruzarse con otras e incidir sobre ellas y sobre los sujetos que las agencian, a partir de unos macroproyectos persuasivos que responden a los intereses materiales de unos grupos sociales.¹⁰ También me parece pertinente aludir al carácter precario e inestable de los posicionamientos que devienen en la constitución de unos sujetos que están dándose en los intercambios simbólicos, que constituyen a los procesos

10 En el caso de la sociedad colombiana contemporánea, el proyecto político de la **Seguridad Democrática** ofrece un ejemplo muy rico en contenido. Este proyecto, que es un intento bastante ambicioso de las élites más conservadoras por recuperar el control sobre el aparato del Estado, significa la reificación de la virtud individual y la exaltación de las instituciones en su acepción más reaccionaria a partir de un macroproyecto persuasivo que intenta priorizar el derecho a la seguridad de los grupos sociales dominantes, sobreponiéndolo incluso al derecho a la vida.

argumentativos como tales.¹¹ Me parece apropiado hacer esto porque me exime de la grosera tentación de creer que lo dado allí es una comunicación fluida que, una vez dada, se repite de una manera mecánica hasta el infinito. Es decir, me evita terminar haciendo un acto de fe en la comunicación, considerada como un absoluto. Por el contrario, estoy convencido de que cada vez que dos o más sujetos intentan relacionarse a través del uso efectivo de unos lenguajes, el intento por relacionarse a través del lenguaje vuelve a comenzar.

Esos procesos de interrelación subjetiva a los que acabo de aludir son dignos de destacarse, en tanto que es a partir de ellos desde donde se construyen –irregular y contradictoriamente– unas formas de valor que pueden ser compartidas por los grupos sociales que tienen en común intereses materiales. Mejor dicho, lo que intento decir es que a mi juicio esos procesos argumentativos tienen esa estructura identitaria, porque hay unos indicios que los orientan en medio del contexto social. Aquellos parecen ir desde la comunicación de masas hasta la industria cultural, desde los medios considerados como aparatos ideológicos del Estado hasta la sociedad del espectáculo, desde la aspiración a la hegemonía hasta las configuraciones intermitentes de la identidad. Lo que podemos reconocer en el interior mismo de un contexto retórico como el que nos ocupa en este caso, es la constitución irregular y contradictoria de una serie de «capas» identitarias que, a la manera de películas superpuestas, intentan ocultar lo que una crítica de ese espacio de significación ha de develar: lo que está en la base misma de ese contexto significativo compartido, es la construcción/deconstrucción de un sujeto colectivo que supera con creces la sumatoria de sujetos particulares y concretos. No sobra agregar que los supera, en tanto que nace de las múltiples relaciones entre ellos.

El punto de vista que quiero proponer en este caso es que el significado construido por quienes concurren a la delimitación de un contexto retórico es reconocible precisamente porque remite simultáneamente a varios factores. Mejor dicho, porque se fragua y define en medio de las intersecciones que lo hacen ser una textura. Es como si dijéramos algo que inicialmente puede ser visto como paradójico, casi que como un absurdo: el yo que está constituyéndose en un contexto retórico es un yo plural. Ese yo es un yo y son muchos yo al mismo tiempo. Todavía más exactamente, ese sujeto que se delimita allí está siendo lo que está siendo porque está existiendo en y

11 Es bueno tener presente que la enunciación a la que aludo es, desde Emile Benveniste, un uso efectivo que trae al presente las posibilidades de significación de los signos en la medida en que los actualiza.

por la relación de varios, en diferentes planos al mismo tiempo. A la manera de unas variadas y contradictorias formas de poder que están negando la existencia de un poder absoluto y omnipresente, estos yo niegan dialécticamente la presencia de un yo singular. Parafraseando lo que expresé atrás, de lo se trata en este caso es de aludir a un yo que es mucho más que un yo, es un nosotros.

Los teóricos del discurso, especialmente aquellos que concentran sus esfuerzos en el componente retórico de éstos, han dedicado muchos de sus esfuerzos en las últimas décadas a analizar qué papel juegan los distintos agentes y medios en la construcción de esos contextos argumentativos. Gracias a sus esfuerzos, hoy en día somos más conscientes de la importancia que tienen, por ejemplo, las agendas de los medios masivos de comunicación en la definición de las estrategias que resultan claves para los intereses de unos grupos sociales e, incluso, para el conjunto de la sociedad.¹² Esos medios, el aparato burocrático del Estado, hasta los individuos y los gremios, han ido delimitando lo que André J. Belanger llama las «arenas» de la comunicación política.

Finalmente, hay un factor que no he mencionado y que sin duda alguna ha reconfigurado radicalmente los contextos retóricos que nos identifican ahora y aquí: las nuevas tecnologías. Ellas, indudablemente, han incidido en todos los órdenes y las formas propias de los procesos de persuasión que tienen lugar en una sociedad como la nuestra. Por ejemplo, los periódicos y revistas a través de sus páginas electrónicas, han incidido de una manera muy contundente en la posibilidad que tienen como medios de diferir el peso y la importancia de los mensajes que intercambian los sujetos individuales y colectivos.¹³ No solo han cambiado las formas de aparecer de los mensajes: de lo impreso en papel al monitor del computador, del radio a la pantalla del televisor. También han cambiado las formas de movilizar las pasiones. Ya no se trata de expresar el amor y el odio por alguien en particular. Se intenta construir redes de significación a partir de ellos y convertir

12 Hace poco más de ocho años, un canal de televisión colombiano creó una sección llamada «En el lugar de la noticia». Curiosamente, cuando la noticia era política, quien siempre estaba en el lugar de la noticia era Álvaro Uribe Vélez. Esta y muchas otras «coincidencias» llevaron a varios colegas a considerar que el consenso que se construyó alrededor del ahora expresidente, era completamente artificial.

13 Hace unos pocos meses Fidel Cano Correa, Director de *El Espectador*, daba el siguiente dato: mientras su edición impresa es de poco menos de 100.000 ejemplares, su página electrónica tiene cerca de 5.000.000 de usuarios. Esto tiene algo más que una importancia cuantitativa.

al contradictor en un enemigo.¹⁴ Si se logra ese propósito, no hay nada que discutir con el otro. Lo único que hay que hacer es eliminarlo.

Dos: la política colombiana contemporánea como contexto retórico

Lo que pudiéramos llamar *política colombiana contemporánea* empieza en 1991 con la expedición de una nueva constitución política. Este hecho es un punto de quiebre en nuestra historia política por varias razones. Más acá del Estado Social de Derecho que se proclama allí, de los llamados derechos fundamentales que por primera vez se reconocen de una manera explícita entre nosotros, lo que aparece como esencial es la propuesta de una nueva sociedad y de unas prácticas políticas hasta entonces desconocidas en nuestro medio.

Esa ruptura con el pasado, sin embargo, no es completa ni transparente. Entre quienes redactan y proponen esa nueva constitución, hay muchos de los políticos más tradicionales en Colombia.¹⁵ Más acá de esta supervivencia del pasado, hay en la estructura profunda de ese texto una paradoja insoluble: la democracia participativa convive con una aceptación incondicional del neoliberalismo, presente en la política económica aperturista propuesta por el gobierno de César Gaviria Trujillo. El es el presidente que, por un lado, acoge un clamor ciudadano y convoca una asamblea que redacta, aprueba y promulga la Constitución de 1991. Pero, por otro lado, despliega las fuerzas neoliberales más agresivas en una política aperturista que es anunciada como la entrada del país en la postmodernidad.

Tal vez sea esta paradoja la que explica de una manera satisfactoria el hecho evidente de que en el contexto de la política colombiana contemporánea, entendida como un contexto retórico particular, estén presentes dos proyectos de sociedad que con distintos matices están concurriendo a ese espacio de significación plural que es la sociedad colombiana actual.

14 En Colombia hay un caso patético que es el de la exsenadora Piedad Córdoba Ruíz. Ella, que incluso ha sido objeto de agresiones físicas e insultos, ha terminado por convertirse en un ícono de las pasiones que circulan por la red.

15 Dos de los copresidentes de la Asamblea Nacional Constituyente, que es la responsable del texto constitucional, son Horacio Serpa Uribe y Álvaro Gómez Hurtado, representantes como los que más de la vieja política colombiana hecha a la sombra de las prácticas clientelares.

¿Cuáles son, entonces, esos dos proyectos políticos que intentan moldear esa sociedad colombiana? En primer lugar hay un proyecto de estirpe conservadora, que más acá de las diferencias entre sus distintos matices, intenta preservar una opción que le apuesta todos sus recursos teóricos y prácticos a la vigencia de la tradición y a la continuidad del pasado.¹⁶ Ese proyecto tiene una noción bastante sui generis de democracia: la entienden como una vivencia plena de la unanimidad y del consenso. En uno de sus libros, Chantal Mouffe arremete contra esa concepción, en la medida en que está convencida de que aquella es contradicción y diversidad:

[...] forman parte todas ellas de una visión común antipolítica que se niega a reconocer la dimensión antagonica constitutiva de «lo político». Su objetivo es el establecimiento de un mundo «más allá de la izquierda y la derecha», «más allá de la hegemonía», «más allá de la soberanía», y «más allá del antagonismo» (Mouffe, 2008, p. 10).¹⁷

En segundo término está el proyecto de una democracia abierta y una sociedad democrática que, a diferencia del anterior, centra sus esfuerzos e intereses en la convocatoria del futuro. Este segundo proyecto tiene muchos matices, en la medida en que allí concurren desde los valores ancestrales, que caracterizan los discursos de resistencia de los pueblos indígenas, hasta las conceptualizaciones que identifican a las corrientes más contemporáneas de la izquierda democrática. En medio de la diversidad y la contradicción, esta propuesta de país es más realista, precisamente porque reconoce, así sea implícitamente, que la democracia deseable es la que se constituye a partir de la superación dialéctica de las contradicciones.

A mi juicio, una buena parte de esos dos proyectos políticos fundamentales están oscilando, desde una perspectiva retórica, entre la demagogia y la provocación.¹⁸ Lo están haciendo en la medida en que las fuerzas políticas, que siempre expresan intereses de grupos sociales, se están recomponiendo y reordenando permanentemente. La última recomposición o realinderoamiento es la intentada por el expresidente Uribe y sus aliados. Por supuesto

16 El más radicalmente conservador de los matices de ese primer proyecto está representado por un proyecto de las élites llamado «La Seguridad Democrática». Hay otros matices, como el expresado por los actuales dirigentes del llamado Partido Liberal, que sin apartarse de la ortodoxia neoliberal, conservan cierta discreción y mesura.

17 Imposible no recordar el insistente llamado del expresidente Uribe a ignorar por caduca la existencia de la izquierda y la derecha. Igualmente, cómo no recordar su invitación al diálogo fraterno que no abriera heridas en el ánimo de los colombianos.

18 La estrategia de la demagogia la entiendo como aquella que intenta hacerle creer al interlocutor la misma imagen positiva que él tiene de sí mismo. La provocación la entiendo como aquella estrategia que hace que el locutor le haga saber a su interlocutor, de una manera explícita, que tiene una imagen negativa de él.

que me estoy refiriendo al lanzamiento del «puro centro democrático».¹⁹ El hecho de que cada uno de los sujetos individuales y colectivos tenga unas convicciones y unas estrategias, es lo que nos permite entender los posicionamientos que tienen a través del tiempo y del espacio. Es decir, eso es lo que nos permite caracterizar de una manera adecuada los acuerdos y los desacuerdos que los identifican.

El proyecto político de «La Seguridad Democrática» es el cuarto y último de los que identifican la historia política colombiana contemporánea. Los otros tres son «La Regeneración», «La República Liberal» y «El Frente Nacional». Como el primero y el tercero de los citados, es un proyecto conservador que más allá del adjetivo «democrático» propone en términos reales la hegemonía de las élites más conservadoras en el manejo del aparato burocrático del Estado y el control de la sociedad. Sus estrategias argumentativas se basan en el privilegio de dos nociones: la patria y el buen ciudadano.²⁰ En sus estrategias discursivas hay varias que resultan interesantes para el análisis. Quizá la más significativa es aquella que permite afirmar a sus voceros que el derecho a la seguridad es más importante que el derecho a la vida.²¹ Una segunda estrategia importante es aquella según la cual en Colombia no hay un conflicto interno, sino el ataque de un grupo terrorista (las FARC) a la sociedad colombiana. Este punto es muy significativo en las estrategias de los voceros del proyecto y tiene una implicación muy puntual: si no hay conflicto no hay enemigo. La tercera y última señala que la democracia es acuerdo y consenso.²² No es la pluralidad, ni la contradicción o el antagonismo. Es el unanimismo, o por lo menos aquello muy cerca de aquel, es la mayoría aplastante que hace sospechoso el disenso.

El otro proyecto es el que pudiéramos entender que propone una democracia abierta. Esa que los llamados teóricos postfundacionalistas –como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe– han llamado «democracia radical». Este

19 Quienes leímos el discurso del expresidente, encontramos la misma recurrencia de siempre a la provocación y a la demagogia que ha caracterizado su discurso político. También pudimos reconocer su regodeo en las falacias. Esas que le permiten creer que sus tesis sobre la sociedad colombiana son las únicas verdaderas y que los demás simplemente estamos equivocados.

20 Curiosamente este proyecto político –que tuvo sus años de gloria entre 2002 y 2010– tiene más coincidencias con el de La Regeneración, que es el más lejano en el tiempo. La vigencia de La Regeneración se dio entre 1878 y 1900. La del Frente Nacional entre 1958 y 1974.

21 Ese derecho a la vida está consagrado en el artículo 11 de la Constitución de 1991.

22 Este punto que ha sido presentado a los colombianos como una expresión de la inteligencia superior del expresidente Uribe es, sin embargo, según Chantal Mouffe, un viejo postulado neoliberal que intenta negar el derecho a la discrepancia.

proyecto parte de una caracterización de la sociedad colombiana que la entiende como desigual e inequitativa. Propone para superarla un proyecto que en buena medida pudiera ser considerado como nacionalista. Frente al neopopulismo conservador de su contraparte, ofrece una percepción que se basa en el papel protagónico de los productores directos. Esta propuesta se inserta en otra tradición distinta a la conservadora. Se afilia a una historia de luchas populares por la emancipación que tienen en Colombia una historia que arranca con Los Comuneros –a finales del siglo XVIII– y que tiene su expresión más reciente en las luchas de los cuatro millones de campesinos desplazados por las distintas formas de violencia, entre las cuales sobresale las de las élites terratenientes, que muchas veces ha contado con la protección de los aparatos del Estado.

Las contradicciones y antagonismos que caracterizan el contexto abierto y sostenido por las prácticas políticas adelantadas por las élites en busca de la hegemonía, y aquellas llevadas a cabo por campesinos, obreros y algunos sectores de la pequeña burguesía urbana en la dirección de unos propósitos de resistencia, quizá hagan pensar en un escenario donde los acuerdos, así sean precarios e inestables, son poco menos que imposibles. Tal vez aquello que tengamos que reconocer sean las líneas de unos procesos de expresión que no implican el reconocimiento del otro y que, por el contrario, suponen su negación histórica. El otro no existe. Por eso no hay antagonismo ni contradicción. Por eso es que no hay cabida para el agonismo y sí para el conflicto que convierte al otro en un enemigo que se rige por una lógica perversa: la del odio. Lo complicado del asunto es que muchos de los actores que concurren a ese escenario de las prácticas políticas no ven en el otro *al otro*, ven una distorsión caleidoscópica de ellos mismos.

Una evaluación mínimamente rigurosa y objetiva de este contexto retórico, que se constituye a partir de las prácticas políticas en la Colombia contemporánea, nos permite reconocer varias cosas:

1. En el imaginario colectivo de los colombianos hay una convicción, según la cual ese campo argumentativo que se constituye a partir de la política contemporánea está identificado por un respeto riguroso a la democracia.
2. Ese imaginario tiene unas líneas fundamentales que llevan a muchos de los ciudadanos de este país a ensalzar unas propuestas, señalándolas como «buenas», y satanizar otras, considerándolas «malas», sin advertir que todas ellas responden, en cualquier caso, a los intereses materiales de unos grupos sociales.

3. En ese contexto retórico, abierto y sostenido por las prácticas políticas, hay un permanente desconocimiento de las obligaciones y compromisos que rigen para los participantes en un proceso argumentativo. Por esa razón podemos decir que la retórica política en Colombia desborda los límites de la paranoia y se inscribe en los de la histeria.²³
4. Esto último es precisamente lo que explica que entre nosotros haya hecho carrera la noción de «enemigo», superando con creces la de «contradictor» o «antagonista», con gravísimas consecuencias para todos los colombianos. Tal vez la más trágica de ellas es que ante la incapacidad de rebatir al otro con argumentos, lo hacemos con las armas.

Referencias

Botero Torres, R. (2008). *El lenguaje, un problema contemporáneo*. Medellín: Sello Editorial Universidad de Medellín.

Botero Torres, R. (2012). *En el nombre de Gorgias*. Medellín: Ediciones Capricornio.

Gauthier, G. (1998). *Comunicación y política*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Editorial Ariel.

Laclau, E. (2002). *Misticismo, retórica y política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mouffe, Ch. (2003). *La paradoja democrática*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Mouffe, Ch. (2008). *En torno a lo político*. Barcelona: Editorial Gedisa.

23 Cuando hablo de comunicación paranoica, hablo de aquella en la que cada uno de los interlocutores va por su lado sin interesarse por el otro, negando los presupuestos básicos de lo comunicacional. Cuando hablo de histeria, pienso en una negación categórica del otro.